

Influencia real de los medios de comunicación social

SALUSTIANO DEL CAMPO*

La definición de la comunicación —quién dice qué, a quién, por qué medio y con qué efecto— aunque sitúa el problema de la influencia en el punto final del proceso, lo convierte en el más importante. Nadie puede olvidar la trascendencia social de la propaganda nazi y la atribución a ésta de una parte fundamental en las culpas del holocausto. El desarrollo de las investigaciones sobre la comunicación, sin embargo, ha tendido a destacar la relevancia del medio social, porque la propaganda nazi, como el *Agitprop* soviético, actuaron con eficacia en el contexto de sociedades totalitarias, es decir, allí donde los valores colectivos prevalecen sobre los derechos individuales y donde cualquier disenso es delito.

Una segunda teoría sobre el efecto de los medios, la de los dos escalones de la comunicación formulada por Merton, revela que el mensaje nunca va directamente del que lo emite al que lo recibe, sino que hay personas o grupos estratégicamente situados que lo modulan, o refractan, para

* Catedrático de la Universidad Complutense. Secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

pasarlo al público receptor. También aquí se introduce un factor social fundamental. El desarrollo de la publicidad, que no ignora ni los factores ni las variables sociales, pone de manifiesto que las posibilidades de persuasión de los medios no guarda solamente relación con el origen del mensaje, ni tampoco con los intermediarios del proceso comunicativo, sino que tiene mucho que ver con la clase de actitudes que se pretende modificar. Básicamente se distingue entre aquellas que responden más fácilmente a estímulos estéticos, de prestigio, placenteros, etc., y las que se anclan en los sistemas de valores. En este orden de cosas, no es lícito equiparar la probabilidad de cambiar los hábitos de compra con la de variar las convicciones profundas. No es lo mismo decidirse por un modelo de automóvil que elegir entre monarquía o república y no digamos dictadura o democracia.

De todos modos conviene indicar en este punto la relevancia del medio a través del que se emite el mensaje. Esto hace comprensible el famoso pronunciamiento de McLuhan sobre que “el medio es el mensaje”, aparte de que haga referencia a la credibilidad.

Sobre la influencia de cada medio. A principios de nuestro siglo el único medio de comunicación social, en el sentido que hoy tiene esta expresión, era la prensa escrita, diaria o con otra periodicidad, que como se sabe se desarrolló en la segunda mitad del siglo XVIII. El cine, la radio, la televisión y todo lo relacionado con ellos, pertenecen a la civilización del siglo XX. Hemos pasado de un mundo silencioso, basado en la comunicación interpersonal, a otro de públicos diversos y especializados que, poco a poco, se ha ido ampliando hasta convertirse en global. Resulta interesante observar cómo a medida que se han ido extendiendo los nuevos se ha afirmado siempre que acarrearían la superación de los anteriores, pero una y otra vez se ha comprobado la fragilidad de este supuesto. Si algo vemos claro ahora es que la prensa, la radio y la televisión conviven entre sí como lo hacen el lápiz, la pluma y el ordenador, y han ido progresivamente encontrando y encajando sus funciones.

La radio comunica instantáneamente las noticias mediante la palabra; poco después las noticias se ilustran con la imagen en la televisión y la tarea que parece reservada al periódico es la de analizar los sucesos. Bien es verdad que el vocablo análisis debe ser utilizado aquí con precaución, porque las ciencias del comportamiento proporcionan explicaciones que no tienen cabida ni por su profundidad ni por su complejidad en ningún medio periodístico. Pero tampoco está mal denominarlo análisis, porque todo es relativo.

En cuanto a la convivencia entre imagen, sonido y palabra, bien merece una reflexión. El valor de la palabra se multiplicó al descubrirse la imprenta, pero basta recordar las pinturas de las cuevas de Altamira para reconocer que, aunque la imagen precedió a la palabra escrita, nunca alcanzó su eficacia. Lo que sucede es que, inserta en la Galaxia Gutenberg, la imagen adquiere un valor especial y si no que se lo digan a quienes al mismo tiempo presencian un partido de fútbol en la televisión y oyen los comentarios radiofónicos de un determinado locutor.

Cada uno de los medios ofrece en su historia jalones inconfundibles. Baste recordar el famoso artículo “Yo acuso” de Zola, la emisión radiofónica de “La invasión de los marcianos” de Orson Welles, o los famosos debates televisivos entre Nixon y Kennedy. Sin duda la potencialidad de los diferentes medios no se ha agotado y menos todavía la de sus efectos conjuntos.

Sobre la cantidad y calidad de la información. En las viejas escuelas de periodismo se enseñaba que sus fines consistían en informar, formar y deleitar y las cosas no parecen haber cambiado mucho, salvo si se observan con cuidado. Poco a poco el exceso de información se ha ido convirtiendo en uno de los principales problemas del ciudadano moderno. Las imágenes y las palabras nos bombardean por todas partes y tenemos dificultades para ver con claridad, si no nos zafamos del diluvio informativo. Esto, sin embargo, no es nuevo, porque desde que San Isidoro de Sevilla escribió las *Etimologías* nadie ha vuelto a dominar todo el saber de su tiempo. A partir de entonces los problemas de la inteligencia han sido fundamentalmente dos: obtener la información que se necesita para cada propósito y descartar el alud que nos abruma.

Thomas Hobbes decía que no era tan ignorante como los demás hombres porque había leído menos libros, y esta afirmación paradójica nos hace ver que los que nos dedicamos a menesteres intelectuales gastamos buena parte de nuestro tiempo leyendo libros que apenas tienen importancia. Desde la famosa biblioteca de Alejandría se ha dispuesto siempre de mucha más información de la que se necesita y se puede manejar. Hoy las bibliotecas millonarias en volúmenes superan las posibilidades lectoras en la mayor parte de los campos del saber, y disponer al momento y dentro de la propia casa, a través del ordenador, el acceso a estas bibliotecas no parece que vaya a cambiar sustancialmente tal estado de cosas. En realidad, acrecienta el problema de abrimos paso entre lo mucho que no merece la pena, para poder al final identificar lo poco valioso. De aquí que una de las mayores tareas de la educación consista en orientar hacia lo que conviene saber y sobre cómo puede aprenderse, pero sin atiborrar con datos y noticias perfectamente prescindibles. No es defendible la bondad de la información escasa, pero es malo dejarse abrumar por la excesiva, por lo que se ha de enseñar antes que nada a organizar la masa de la información y a seleccionar la relevante.

Y esto me lleva a dos consideraciones diferentes. Por un lado, a la caducidad del concepto del libro, tal y como se ha aceptado hasta ahora. La superficial definición UNESCO del libro como un volumen encuadernado de cien páginas no es en absoluto satisfactoria, porque abarca desde la lista de los alumnos matriculados en un curso universitario numeroso hasta “Platero y Yo”, o “El romancero gitano”. Aún recuerdo, hablando de esto, cómo en las viejas oposiciones a Cátedra uno de los trabajos que se pedían era una relación de fuentes bibliográficas de la asignatura. Los aspirantes de entonces invertíamos grandes esfuerzos en recopilar listas bibliográficas por materias y solíamos componer con ellas un volumen de unas trescientas páginas, lo que hoy a través de INTERNET puede conseguir en un tiempo prudencial cualquiera de los navegantes de la telaraña mundial. Este es un caso de cómo la tecnología actual ha convertido en obsoleta la simple acumulación bibliográfica, de la misma manera que la fotocopidora ha devaluado la redacción de las fichas que en otros tiempos hacían los que preparaban sus tesis doctorales, o se han quedado obsoletas las reglas de cálculo con las que los aspirantes al título de ingeniero realizaban sus operaciones algebraicas.

Además, a las mencionadas antes hay que añadir una función importantísima del periódico frente a sus competidores. Me refiero a la capacidad de estructurar la visión cotidiana del mundo partiendo del conocimiento y de la ordenación de las noticias. Muchos recordarán que un Director General de Radiotelevisión española prohibió a los redactores y locutores de sus servicios leer los periódicos en la oficina. Lo que verdaderamente proporciona una primera página de hoy no es sino una

plasmación inicial de lo que es importante en un momento y lugar determinados. Lo cual no significa que la operación de confeccionarla sea neutra.

El atisbo de la ideología de un periódico se obtiene leyendo sus titulares y huelga decir que la única manera de superar la tendenciosidad en una sociedad democrática no pasa por ninguna censura de la información, sino precisamente por garantizar su pluralidad. Aunque sé que esto no coincidirá con lo que algunos piensan, me atrevo a afirmar que el ciudadano medio está capacitado para hacer opciones no del todo disparatadas. En cualquier caso, lo que está claro es que una sociedad democrática debe siempre garantizar la pluralidad de la información y no la certeza absoluta de una concreta, porque es al ciudadano a quien le corresponde juzgar por sí mismo entre las presentes.

Sobre la ausencia o el silenciamiento de información. Los medios de comunicación de masas son sin duda los órganos de la vista y del oído públicos, y a través de ellos se ofrecen también opiniones. Esto es cierto, pero incompleto, porque lo que los medios silencian no puede afirmarse que no existe. Son ellos, sin embargo, los que otorgan los certificados de importancia políticos, sociales, culturales y hasta económicos, y los que los niegan o distorsionan más o menos arbitrariamente. Una prueba ingente de lo que acabo de decir es el tratamiento que a lo largo de sus más de setenta años de existencia disfrutó el socialismo real, vulgo comunismo.

A causa de eso se ha convertido en una tarea imprescindible la de reescribir una historia intelectual del siglo XX que responda de verdad a los datos que están todavía saliendo a la luz y no a añejos prejuicios seudoprogresistas. Cuando eso se haga podrá apreciarse que a lo largo de nuestro siglo se ha sucedido una línea de pensadores que nunca falsearon los hechos y que fueron emitiendo juicios correctos sobre ellos, mientras que personajes que han sido considerados príncipes del intelecto rehusaron ver la realidad y son responsables de puntos de vista disparatados.

Pero las tergiversaciones no corresponden todas a un bando. En el mundo democrático existe “lo políticamente correcto”, que encauza a la gente en la dirección deseada, adormece la crítica y proporciona pedestales a quienes colaboran, o al menos no ofrecen resistencia. La tendencia a la concentración de la propiedad de los medios de comunicación, a los complejos multimedia, acentúa los efectos disfuncionales de las líneas de opinión aceptadas y desampara a los que reivindican su libertad de pensar y pronunciarse.

En nuestro tiempo va poco a poco relegándose a un segundo plano el pensamiento independiente y crítico, que se desnaturaliza a medida que se impone el poder económico sobre la cultura. Paradójicamente, dentro de ésta se acentúa la dimensión económica y se habla de industria del espectáculo y de rentabilidad económica de los multimedia, mientras que en el mundo económico hay un enorme interés por controlar, dominar o al menos apaciguar las iniciativas y los esfuerzos culturales.

Una manifestación extrema de lo que digo es la impotencia de los individuos ante los medios de comunicación de masas. Estos pueden triturarlos, descubriendo y dando publicidad, por ejemplo, a los aspectos más íntimos de la vida privada de políticos, escritores o simples ciudadanos, pero lo más corriente es que ninguneen a quienes no siguen los dictados de los dueños de los medios, o no piensan bonito, o son más o menos rebeldes. De esto tenemos tantos ejemplos que apenas merece la pena aducir aquí ninguno concreto. Pero al final el dominio de los medios y el de los magnates

políticos o económicos que los poseen y manejan es tan perecedero como el de los muchos déspotas que en el mundo han sido. Siempre, y esta es la grandeza de la aventura humana, quedará alguien que se atreva a pensar por su propia cuenta y a imprimir un comunicado, a escribir en una pared, o incluso a hacerlo con su dedo sobre la arena. A primera vista afirmar esto le hace a uno parecer iluso y, sin embargo, no es más que expresar confianza en la dignidad última del hombre, en su valor y en su imaginación para buscar la verdad y el bien.

Postscriptum. Lo anterior se escribió antes de los sucesos del fin de semana del 12 de julio, pero no sería justo terminar sin hacer referencia a ellos. España, que es Numancia y Fuenteovejuna, decidió esta vez pasar a la acción frente al terrorismo, con sólo el arma de la unidad pacífica y con la paz como objetivo. Sin necesidad de líderes políticos y sin esperar la invitación de los directivos de la sociedad civil, se echó a la calle y un largo calambre de emoción recorrió la espina dorsal de todos los españoles, manifestantes o espectadores. Los políticos se quedaron estupefactos y, aunque trataron de recomponerse, no pudieron desconocer que muchos de sus temas preferidos fueron ostensiblemente ignorados. ¿Qué se hizo del “presoak kalera” gritado tantas veces por HB? ¿O de la tabarra del acercamiento de los etarras encarcelados al País Vasco? ¿O de la confrontación entre vascos y madrileños, que es un leitmotiv del discurso de Arzallus? ¿Qué se hizo, por cierto, de la sociedad civil?

La acción de las masas el 14 de julio será estudiada con atención por sociólogos, psicólogos sociales e historiadores durante muchos años. No fue sangrienta y no causó heridos ni muertos, pero sí tuvo víctimas: el terror fue despreciado, el fanatismo vencido y el nacionalismo cuestionado silenciosamente. Produjo muchas enseñanzas, que aún no hemos valorado y mucho menos asimilado.

Pero en relación con mi tema debo de relatar dos aspectos. El primero es la acción movilizadora insistente de la televisión y la radio, cuyo papel fue decisivo. Ambos medios supieron insertarse en la espontaneidad de la protesta y, aunque no la originaron ni la inspiraron, le dieron expresión verbal y figura. Además, conviene recordar que los empresarios de los medios, y sobre todo los dirigentes de TVE, soltaron las riendas de los locutores y les animaron a seguir sus impulsos comunicadores. La situación política no es hoy la de hace año y medio. El Presidente del Gobierno es una víctima del terrorismo y el programa del partido que dirige, con el que ganó las elecciones, no se caracterizaba por la timidez ante los etarras.

Pero esto que digo no es un análisis, sino que refleja tan sólo la admiración de un telespectador más de los muchísimos que pasaron cuatro días pendientes de los medios y confían, confiamos, en que sus efectos sean abundantes, buenos y duraderos.